

# EL URBANISMO Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Jesús Leal Maldonado

EN el Editorial del número 59-60 de esta Revista se plantea una interrogante que no debe quedarse sin respuesta: ¿Cuál es el papel de las ciencias sociales, que durante tanto tiempo han sido ávidamente escudriñadas y aprovechadas desde el urbanismo, como proporcionadoras del deseado basamento de objetividad racional? (1).

La respuesta adecuada a esa cuestión no está en una enumeración directa de dichas aportaciones de las ciencias sociales al urbanismo para magnificar su papel en la práctica del planeamiento y de la gestión urbana; se trata de algo que puede encontrarse en cualquier manual de urbanismo y que en lo sustancial no ha cambiado con el transcurso de los años.

En realidad, la cuestión viene suscitada por una auténtica crisis, la cual se da en el ámbito de las ciencias sociales y, sobre todo, en el planeamiento urbano. Por parte de las ciencias so-

ciales lo más notable es la pérdida del monolitismo estructuralista y la apertura a enfoques mucho más eclécticos: la búsqueda de la cima de la coherencia teórica en cada análisis social ha dado paso a un intento de mayor fidelidad a lo que la realidad social quiere indicar con su fenomenología concreta, aun a costa de tener que desarrollar enfoques teóricos distintos para su interpretación. Esta pluridad es más compleja y más permisiva, pero resulta difícilmente asimilable por aquellas formaciones más técnicas, en las que no se han planteado la existencia de varias alternativas de interpretación a un mismo fenómeno.

Pero la crisis que suscita el cuestionarse el papel de las ciencias sociales en el urbanismo es básicamente una crisis del planeamiento urbano que ha dado origen a una polémica difícil de precisar, ya que las discusiones que se han establecido e incluso las exposiciones más polémicas rara vez se han manifestado por escrito. Esta agrafía de los temas urbanísticos no es nada nuevo, pero lleva a arrastrar situaciones polémicas

Jesús Leal Maldonado es sociólogo.

(1) *Ciudad y Territorio*, n.º 59-60. 1984. Editorial.

como la actual sin una aclaración adecuada de su contenido.

Los cambios que se están dando en el urbanismo no están basados, como afirma Damián Quero, en «la quiebra definitiva de la sociología en su empeño de constituirse en imposible teología de la sociedad industrial», recogiendo un texto de Carlos Moya (2). La influencia de la teoría sociológica entre los planificadores españoles, a pesar de algunas magníficas excepciones, ha sido muy reducida, de forma que los cambios que hayan podido darse en la misma durante los últimos años no pueden ser el exclusivo origen de las profundas transformaciones que se están dando en la orientación del urbanismo. Por otra parte, los cambios que se dan en la orientación del urbanismo no adquieren en otros países las características que se están dando en España, ni implican las posiciones de rechazo hacia las ciencias sociales que aquí se dan. El problema había que interpretarlo al revés, el urbanismo ha perdido relevancia social, el freno al crecimiento de las ciudades y la mistificación de las grandes alternativas planteadas durante los años setenta han llevado, en gran parte de Europa, a un progresivo abandono de la investigación sobre el planeamiento urbano por parte de los sociólogos. Los planes han dejado de ser el objeto de movimientos sociales urbanos para convertirse en una rutina técnica.

Pero la crisis de la sociología y de las teorías sociales en general, provocada por el progresivo abandono de las teorías holísticas, ha afectado de forma muy desigual a las distintas especialidades, siendo la aplicación a los temas urbanos y territoriales una auténtica excepción. Se puede afirmar que nunca se había publicado, a escala internacional, tanto como ahora sobre estos temas, existiendo una profusión de investigaciones que, desde planteamientos más eclécticos que antes, buscan establecer aportaciones muy concretas no sólo al conocimiento y explicación de lo que sucede en lugares determinados, sino incluso a formulaciones sectoriales (3).

Los cambios que se están operando en el urbanismo, por su parte, son bastante distintos según los países de los que se trate; pero, por regla general, se está dando en los países del sur de Europa una puesta en cuestión de la legitimidad política, que lleva a procesos de descentralización del poder y en consecuencia a una discusión sobre los ámbitos de las medidas urbanísticas en general y del planeamiento urbano en concreto; no hay que olvidar que este último es el principal instrumento de la política urbana (4). En efecto, el acontecimiento más importante que afecta al planeamiento urbano en España durante la última década no es otro que el del advenimiento de la democracia local, que ha llevado a una

consideración muy distinta de los objetivos de la intervención en la ciudad, echando por la borda paulatinamente los motivos más tecnocráticos para concienciarse de las opciones políticas que se asumen con una toma concreta de decisiones.

En esta toma de valor político de los planes de urbanismo estriba, precisamente, una de sus mayores crisis. La falta de conciencia adecuada por parte de los municipios de las potencialidades de este instrumento para canalizar la política urbana o la difícil asimilación por los técnicos de los cambios de orientación política que implican transformaciones concretas en los planes, han dado lugar a numerosas tensiones, que suelen llevar a radicalizar el sentido técnico o político de este instrumento.

Otro de los elementos que afecta profundamente a la actual situación es el cambio en las corrientes arquitectónicas. Es ahí donde habría que encontrar el origen de las manifestaciones extremistas acerca de la prioridad de la forma espacial sobre el contenido social a la hora de diseñar un plan concreto. La situación de marginación del urbanismo en ciertos ambientes arquitectónicos, unida a la pobreza del diseño urbano que impera en gran parte de los planes de urbanismo de nuestras ciudades explica, sin justificarlas, esas posiciones, no siendo ajeno a las mismas una cierta dosis de corporativismo que tiene un potente resurgir en esta transición del modelo económico que tan duramente experimentamos.

En el fondo, la discusión sobre el papel de las ciencias sociales en el urbanismo, tal como se manifiesta en la actualidad en España, no es más que una nueva puesta al día de la polémica sobre la prioridad del estudio de la forma espacial o de los procesos sociales para la comprensión de los fenómenos urbanos y para la intervención sobre los mismos.

La salida a la polémica mencionada ya fue planteada de forma certera por D. Harvey al exigir una conexión entre los aspectos formales de la ciudad y sus procesos sociales, los cuales no se pueden separar, ya que «toda estrategia que quiera tener éxito debe tener en cuenta que la forma espacial y los procesos sociales son diferentes modos de pensar acerca de una misma cosa» (5). El reto que para este autor suponía la conjunción de la imaginación espacial (o geográfica) y la imaginación sociológica está todavía por aceptarse, y es ahí donde se encuentra el papel de las ciencias sociales.

Es cierto que el urbanismo español de los años setenta está huérfano de elementos propositivos verdaderamente efectivos. La pobreza propositiva de los planes realizados durante esos años ha tenido unas consecuencias tan importantes como tristes en las periferias de todas nuestras ciudades, el recurso a elementos sistemáticamente repetidos con indiferencia de la idiosincrasia cultural del lugar y la fealdad explícita de una buena parte de esas propuestas de nueva ciudad son consecuencias que todo el mundo reconoce. Pero

(2) Quero, Damián: Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, el día 2 de abril de 1984.

(3) Ver, por ejemplo, en este sentido los últimos números de la revista *International Journal of Urban and Regional Research*.

(4) Así lo plantea J. Lojkin en su libro *El Marxismo, el Estado y la cuestión urbana*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1979.

(5) Harvey, D. (1973): *Ciudad y desigualdad social*. Ed. Siglo XXI, pág. 20. 1979.

la innovación propositiva no es patrimonio exclusivo del diseño. A fin de cuentas, toda propuesta de innovación en la forma espacial de la ciudad trae consigo un cambio notable en las relaciones sociales que se dan en su realización; por tanto, podemos afirmar que la innovación en las formas espaciales tendrá que venir inspirada de forma más intuitiva o más sistemática, según los casos, en nuevas alternativas a los modos de relación social. Sería absurdo pensar que el urbanista pudiera abstraerse de las consecuencias que sus propuestas tienen en la forma de vida de los ciudadanos.

Hay que tener presente que en el origen del urbanismo, tal como lo expone F. Choay (6), fueron los pensadores visionarios los que dieron fundamento a las corrientes urbanísticas que se afirmarían años más tarde. Esto quiere decir que sin un auténtico movimiento de alternativas en los modos de vida y en las relaciones sociales difícilmente puede llegar a cuajar una nueva imagen de la ciudad. El rechazo explícito o el menosprecio de los tímidos intentos que se puedan dar en esta línea en España no es el mejor camino para afirmar esa nueva imagen de la ciudad que todos buscamos.

Escudriñadas y aprovechadas desde el urbanismo con fines básicamente analíticos se comprende que gran parte de los urbanistas tengan dificultades para ver dónde están las aportaciones propositivas de las ciencias sociales. Sin embargo, hoy en día se está realizando toda una serie de investigaciones que pueden resultar un instrumento de suma utilidad al respecto. Especial mención en este sentido merecen los estudios sobre el impacto social y espacial de las nuevas tecnologías, los cambios de comportamiento cultural de la juventud, las expresiones de la denominada economía marginal o sumergida, etcétera, como también conviene recordar que una buena parte de las innovaciones en materia de transportes, vivienda o equipamientos que se incorporan a los nuevos planes de urbanismo proceden, precisamente, de planteamientos alternativos en las formas de vida conceptualizados de alguna manera por las ciencias sociales.

El reto de los científicos sociales en la actualidad está, precisamente, en la línea de lo que Harvey planteaba años atrás: buscar la forma de conjuntar la imaginación sociológica con la imaginación espacial y, en concreto, la conceptualización de los fenómenos sociales con su expresión en el espacio urbano. Esto tiene, en primer lugar, una fase de investigación que hasta ahora ha sido muy pobre. Sorprende que transformaciones tan profundas y sorprendentes como las que se han llevado a cabo en la remodelación de los barrios periféricos madrileños no hayan sido investigadas para tratar de sacar conclusiones útiles sobre lo que ha supuesto de transformación de modos de vida y de relaciones sociales en el cambio de un habitat a otro. Sorprende, igualmente, la carencia de investigaciones concretas sobre los cambios sociales que se están dando en

los centros de una buena parte de nuestras ciudades. La ausencia de análisis sociales de los problemas de la vivienda son también echados en falta; así podríamos enumerar una larga serie de temas sin cuyo desarrollo nuestra capacidad propositiva será bastante escasa.

En otro orden de cosas, resulta un poco chocante que los procesos de transformación puntual de ciertas plazas y espacios públicos de la ciudad no hayan sido precedidos o acompañados de estudios sobre el comportamiento de los ciudadanos en esos espacios o sobre la valoración que se establecía de los mismos, aunque sólo fuera para poder situar de alguna manera la rentabilidad social y económica de tales actuaciones que, junto con la eficacia estética, nos darían una visión más amplia de las mismas.

Pero no es únicamente un desarrollo de investigaciones puntuales lo que hay que hacer en estos momentos de perplejidad. A pesar de sus sacudidas teóricas, las ciencias sociales han depurado considerablemente sus técnicas y sus métodos de análisis. La desafortunada cuantificación de finales de los sesenta y su posterior crítica ha dado paso en la actualidad a posiciones muy equilibradas y a acuñaciones de ciertos modos de hacer que pueden resultar muy valiosos para el planeamiento y la gestión urbana. Los análisis demográficos y las consiguientes proyecciones de población, las formas de tipificación social del espacio, los nuevos métodos de establecer un balance social de las áreas urbanas, frente a la pobre categorización en términos de estándares urbanísticos son una buena prueba de ese avance.

El análisis y el diagnóstico de los problemas urbanos es algo que no se puede abandonar, por más que se critique la forma en que éste se ha hecho años atrás. Un análisis directamente ligado a la propuesta urbanística y a su programación contribuirá a aumentar la eficacia de las mismas. Una jerarquización de las necesidades escolares ayudará a establecer las características de las propuestas de nuevos centros de enseñanza y facilitará el establecimiento de las prioridades de inversión. Una encuesta origen-destino ayudará, igualmente, a perfilar nuevas alternativas al transporte en una ciudad. Pero más allá de eso, la discusión de los paradigmas de ciudad que cualquier intervención urbanística trata de establecer será la base imprescindible para un diagnóstico lúcido y sagaz de los problemas urbanos. No se puede cabalgar eternamente a lomos de la intuición en el diagnóstico de esos problemas urbanos, porque a la larga podría suponer una pérdida de contacto con la realidad que condujera hacia proposiciones despóticas o arbitrarias.

Pero donde se plantea el reto de forma más fuerte es en el perfil de las proposiciones. Es cierto que la formación de sociólogos o geógrafos está más versada en el análisis que en la propuesta; pero sobre todo en lo que respecta al estudio de los procesos espaciales el problema no es tanto que no exista un intento propositivo entre los científicos sociales cuanto que ese intento sea difícilmente traducible de forma espacial. Por

(6) Choay, F. (1970): *El urbanismo, utopías y realidades*. Ed. Lumen.

otro lado, no cabe duda de que las propuestas formales son frecuentemente consideradas con recelo por parte de los científicos sociales en la medida en que algunas de ellas pudieran plantear consecuencias de difícil evaluación.

Una gran parte del recelo que pueda existir hacia esas proposiciones formales parte de la escasez de investigaciones sociales existentes en España. Sabemos muy poco sobre los problemas que se dan en la integración de promociones de vivienda pública con vivienda libre, como también tenemos un conocimiento muy escaso de la forma de integración de distintos equipamientos o actividades en una misma unidad arquitectónica. Por otra parte, los programas de necesidades de una buena porción de la obra pública que se realiza son muy escasos; como botón de muestra están los de las casas de cultura, que se están construyendo en muchas ciudades españolas sin una definición adecuada ni de su contenido ni de su funcionamiento.

Por otra parte, el estudio de las características de la gestión urbana podría dar luz a nuevas propuestas que desbloquearan ciertos problemas de la ciudad: el análisis del reparto de los recursos económicos en el municipio, los sistemas de

toma de decisiones, las nuevas concepciones alternativas en las políticas sectoriales de enseñanza, sanidad, deportes, etcétera, las innovaciones en la política municipal de fomento del empleo, las nuevas orientaciones en la demanda de viviendas, etcétera. Todo ello nos llevaría, sin duda, a una cadena de innovaciones propositivas nacidas de un mejor conocimiento de la realidad social para la cual se planifica.

Al final, dejando de lado la piadosa pluridisciplinaridad, no cabe duda que una actitud abierta buscará siempre elementos que desde perspectivas complementarias puedan enriquecer los nuevos espacios que se formen en nuestras ciudades. Querámoslo o no el oficio del urbanista tiene una exigencia de sintetizar los problemas de una ciudad, tanto en procesos sociales como en la proyección de los mismos sobre el espacio, y esa exigencia podrá difícilmente realizarse en la actualidad sin las aportaciones que se establecen desde las perspectivas complementarias de las ciencias sociales; y ello no implica necesariamente un nuevo recurso al denostado estructuralismo, sino una apertura de espíritu al acervo de aportaciones que puedan hacerse desde perspectivas distintas sobre el tema que se trata.

---